Apartado Postal, 45 bis
DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON PRIDA.
Administrador, Antonio Enriquez.
TELEFONO 1,313.

EL UNIVERSAL

REDACTOR EN JEFE: E. PEREZ RUBIO
Administrador, Antonio Enriquez
TELEFONO 1,313

TOMO XII—2a EPOCA.—NUM. 296 — MEXICO, DOMINGO 29 DE DICIEMBRE DE 1895 — PRECIO: 5 CENTAVOS

Mientras en los cielos invernales, tersos y trasparentes como una porcelana japonesa, se abrían y deshojaban los efímeros lirios de los cohetes; mientras la noche se flordelizaba con rápidos rosetones de chispas, y las estrellas guiñadoras miraban desde lo alto, todas estas luminosas travesuras de la Navidad, ¿no se te ocurrió paseante soñador, solterón de treinta años, charlatán de mesa de café y silencioso habitante de hotel, envejecido en el escritorio de una oficina pública y concurrente asiduo á las butacas de las *tandas*, no se te ocurrió, á tí, que no tuviste cena en familia, y que sientes cada vez más afición á trasnochar porque vas experimentando más horror á tu cuarto numerado como el birrete de un presidiario ó la cama de un hospital, no se te ocurrió cruzar por nuestra gran avenida, en busca de diversiones callejeras? Cerraron muy temprano el *Principal* porque hasta los cómicos, con ser tan infelices y llevar una vida tan aporreada, gustan de alegrarse en esta noche, y de olvidar agravios, y de distraer sus penas con juegos y algazaras infantiles. Entraste, muy de prisa á la *Maison Dorée*: uno que otro parroquiano aburrido como tú; en el fondo los mozos soñolientos. En el Salón *Bach*, cuya atmósfera obscura huele á tabaco, cerveza y salchicha de *Francfort*, vociferaba —en grupos de cuadro holandés—una veintena de alemanes borrachos. A lo lejos, traídas por las frías bocanadas del viento, sonaban las notas de cristal de las músicas, y hasta fragmentos de melodías de marcado y monótono ritmo. Los balcones cerrados lanzaban sobre la calle su cuadrilátero de fuerte y amarilla claridad, manchado á cada momento, por violentas y ridículas siluetas. El placer se quedaba en casa, se alborozaba de puertas adentro, y sólo tenía *manifestaciones de culto externo*, en aquellos cohetes que estallaban en polvo dorado para caer en lenta lluvia de pedrerías. Como no tienes hogar, ni asistes á bailes, ni concurres á fiestas, arrastraste, de seguro, tus fastidios por la ciudad, sintiendo, quizá, el corazón, como un arapo ardiente que te removieran en el pecho. Si se te ocurrió pasar por nuestra gran avenida debes de haberte fijado, en una cosa que, aunque sucede á diario, nunca, como esa noche, se ve con más dolor y repugnancia. En el bullicio del crepúsculo, cuando vuelve la procesión de carruajes de la Reforma, y en las aceras rebosantes cabrillea y se retuerce la ola humana, apenas si notamos escir y venir de mendiguillos que gimotean con tenacidad irritante pidiendo á todos los transeuntes el eterno *centavo* para un pan imaginario. Tenemos tal costumbre de verlos y oirles que nuestra indiferencia toma muchas veces aspecto de crueldad. Es una población flotante de niños hambrientos, una *corte de los milagros* de liliputienses, una hammpa tenebrosa de *bebés*, que se derrama entre la multitud opulenta, como se extiende una negra mancha de grasa en una falda de seda.

Pero en esa noche ¿no te produjo honda tristeza ver cómo tiritaban esos muchachos, sacudiendo sobre el endeble cuerpecillo su extravagante vestidura de guiñapos?

Al calor del hogar, y sobre el regazo de las madres, se dormían los chicos felices, cansados de contemplar juguetes, frutos del frondoso árbol, encendido á la veneciana, en el centro del salón, como una maravilla de las "Mil y una noches," ó rodeaban las mesas henchidas de confituras—glotones nunca hartados—ó reían en alegre bandada, frente al pintoresco *nacimiento*, oliente á bosque recién mojado por la lluvia. Y á un paso, al otro lado del abismo que media entre la pared que divide el interior de la casa y la acera solitaria, algunos seres de pocos años ejercían, con un vago odio para los afortunados, su innoble oficio de mendigos, no para satisfacer su deseo de golosinas, sino para entregar la limosna á la mano vellosa que los empuja de nuevo á la vía pública, á comerciar con el abandono delincuente y la miseria prostituida. El *gamin* que vende periódicos, la chicuela que ofrece cerillos, el deforme billetero, todos han huido, ansiosos de celebrar en su covacha la fiesta tranquila de la noche de Navidad. Estos niños siguen aún su ronda misteriosa, sonámbulos forzados, entre la *hetaira* pintarrajeada y el ebrio insolente.

¿Los viste correr tras el transeunte, con fingida sumisión, y recibir en vez de centavo, la palabra obscena y la amenaza? ¿Te siguió alguno y plañideramente te contó sus mentirosas cuitas? Tal vez algún chiquillo se acercó para proponerte algo que no entendiste y que, sin embargo, irritó tu mejilla, como un golpe? ¿Pudiste percibir cómo, á cierta distancia, acechaba una mujer, seguramente una bruja con las alas plegadas, ó un hombre con aspecto de asesino? Si les preguntaras dirían que son los padres. No lo creas. Son compra-chicos y viven de ese tráfico inmundo, hace mucho tiempo, en plena civilización y autorizados ó tolerados—lo mismo da—por la policía. Entonces te acordarías de la romántica balada de Campoamor, viendo como coincide á veces la bella creación de un poeta con la monstruosa realidad humana, y exclamarías, [como yo, en varias ocasiones:—¡Dios mío! ¿Cuándo habrá un asilo para estos huérfanos del candor y de la virtud? ¿Cuándo recogerán de la calle á estos querubes, criados para el presidio, como exclamó el poeta? ¿Cuándo la caridad de á centavo, tonta ó inútil, abrirá una casa de expósitos para estos hijos de la infamia y del vicio?

¿Cuándo será Noche Buena para estas pobres criaturas?

***

Todo el mundo, al verle atravesar las calles principales, esa misma gran avenida donde pululan los mendiguillos, lo saluda y sonríe. Es entre nosotros casi un tipo exótico, una simpática figura del barrio latino, una ilustración de novela moderna, de esas en que intervienen pintores y cuyas escenas se desarrollan en los talleres, frente al rígido caballete que sostiene el lienzo crudamente manchado. Lleva el peludo hongo sobre la revuelta cabellera, por un milagro del equilibrio; anda con la firmeza y seguridad que imprime á un cuerpo bien musculado una energía varonil y sana, y en su rostro de barbas nazarenas—rostro de Daudet joven—hay siempre una expresión de franco regocijo, una sonrisa de dulce bondad, una tranquila mirada de satisfacción, que le ilumina como una llama interna, todas las facciones. Es Jesús Contreras, muy señor mío, artista de vocación, y como tal, algo loco, bastante soñador y demasiado generoso. Es aquel *amigo* de Amicis, el de "corazón bordado con hilo de seda, un joven todo alegría y benevolencia," y que "como el árbol de la leche, en cualquier punto que se le pinche destila este jugo." Y Jesús Contreras, que también es emprendedor y amante de *hacer* arte donde quiera que esté, acaba de inaugurar una pequeña exposición de bellas artes en el patio del Casino Nacional. Hay preciosidades: dos ó tres paisajes con mucho aire y vigoroso colorido: algunas cabecitas italianas de gran relieve; un delicioso pastel de *mujer*, un *Werther* de nuestro Izaguirre muy bien entendido, un precioso retrato de fantasía, una virgen y una composición que representa «los primeros albores de la fe,» de Bernadet, un joven pintor, catalán, de mucho talento. El cuadro que más me agradó, de estos tres últimos, si he de decir verdad, es la virgen: la corrección y delicadeza del dibujo, la originalidad del tipo, destacándose de un esfumado rompimiento de gloria, el dominio y la combinación de los matices azules y blancos, el aura mística y perfumada con azucenas que rodea la imagen, producen una impresión, semejante á la que dice un crítico que se experimenta ante una Virgen de *Angélico*. Las sensaciones delicadas, indistintas, se despiertan vagamente en esta monotonía, y el sueño confuso, como una rosa abrigada contra las brutalidades de la vida, se abren lejos de la gran ruta que huellan los pasos humanos.

Hay soberbias acuarelas, una sobre todo, la de Bedutti, que es una maravilla; dos ó tres hermosos cuadros de Villa; algunas manchas españolas, llenas de luz y movimiento. Hay también varias esculturas. Un bronce: el busto imperial de Justo Sierra, modelado magistralmente, con un cariñoso respeto, por la mano amiga de Contreras; una linda cabecita de niño, ejecutada así mismo por este escultor; un mármol—una figura deliciosa de mujer doliente—y varios yesos más.

Un devoto podría muy bien pasarse dos mañanas, en la contemplación de estas paredes tapizadas de finuras, algunas de las cuales le producirían la alta emoción estética que produce en el alma el sueño sublime y tranquilo.

Lástima, joven é inspirado artista, que aquí no tengamos muchos de esos devotos. ¡Muchos dije? ¡Ay!.... Tú y yo nos conformaríamos con unos cuántos.

***

Leí en los periódicos de esta semana que D. Leopoldo Burón murió hace poco tiempo en Costa Rica.

¡Pobre Yorick!—Me acordé de Hamlet, del Hamlet que Burón hacía, aquel de voz ahuecada y ademanes arrebatados; me acordé, de la Muerte Civil, de aquel Conrado, tosca imitación del italiano, cuyos prolongados estertores y gestos demoniacos movían á risa á las gentes sensatas; de aquel Kean, quejumbroso y atrabiliario; de aquel *Segismundo* que decía en una misma entonación de responso, las pomposas décimas de Calderón de la Barca; me acordé, en fin, de aquel mal comediante español á quien tanto censuramos, algunos años atrás, por esta malévola y grata afición que todos tenemos de herir con el silicio de la sátira que se lleva á veces, hilachas de carne entre las puntas, todos los cuerpos hinchados de amor propio y de vanidad.

No he de confesar ahora que Burón fué un buen artista, con el arrepentimiento que suelen tener ante una esquela de defunción, los apocados, los maldicientes ó los contos. Burón era un cómico de la legua, con todos los defectos propios de la vieja declamación española, y sin ningún buen elemento personal. No carecía, sin embargo, de talento; pero sí de educación artística. Quiso aprovechar su inclinación y sus condiciones personales en el drama y en la tragedia, y resultó un tosco y vulgarísimo intérprete de Shakespeare, de Calderón y de Dumas. Tenía su pie demasiado burdo para que se viera bien calzado con el coturno.

En cambio algunas máscaras alegres no le quedaban mal, porque poseía gracia ingénita, gracia de raza. Se le notaba, no obstante, en todos los tipos, aun en aquellos que más se le amoldaban, una brusquedad presuntuosa que molestaba al espectador.—Era la personalidad del ignorante que no cabía en el tipo.

Yo lo conocí, Horacio. ¡Pobre Yorick!

***

El mundo elegante se ha conmovido. Los felices que lo vieron, aseguran que el *Cotillón* bailado en la casa del Sr. D. Trinidad García, fué una resurrección de las fiestas galantes del siglo dieciocho; una página de los Goncourt, una pintura de Casado. Las mujeres embellecidas hasta lo inverosímil, tuvieron ya en EL UNIVERSAL, un delicado poeta de sus gracias. Aquí, en secreto, ¿me puede usted decir, señor Director, quién escribió la crónica de ese baile? Me figuro que fué una pluma de nácar que imita el ala de un cisne y que solamente sabe trazar sus finos y coquetos rasgos sobre la aperlada tersura del *papier antique*. ¿Y la mano? Ah! la mano aristocrática, la mano de alianza de oro, débil y blanca, que sale de una colora de encajes y que está acostumbrada á acariciar el cincelado puño del espadín, la caja de granate del *rapé* y la red de la raqueta.

Toda esa crónica es un haz de encantadores discreteos. Suena á *minuet* de Mozart. Tal narrador para tal fiesta.

Y ahora se me ocurre preguntar: ¿por qué el Cotillón no se repite? Así, la mano aristocrática y perfumada, podrá seguir escribiendo madrigales.

Según me dicen, el próximo se llamará: *el lunar de la marquesa*....

***

Entró el *Vice-Almirante* al puerto del Principal. Tiene gallarda apostura y canta aires gentiles. Durará en tierra algunas noches. Podeis visitarlo sin temor; á pesar de su aspecto de lobo marino, no es tan grosero ni mal educado como otras damiselas de Opereta. Os divertirá. Seguramente trajo en su buque, porque llegaron al mismo tiempo que él, á la Compañía dramática italiana y á los acróbatas de Orrin.

Entra el lacayo y presenta en la charola de plata dos tarjetas:—*El Cav. A. Maggi.—Ricardo Bell:*

—Al caballero Maggi, que pase al salón: su presencia será agradable para los convidados.—A Bell, es amigo de confianza, que entre á la recámara de los niños. ¡Lo han extrañado tanto!

Luis G. Urbina.

A Morelos.

La rendención es la deidad severa
Del sacrificio que en la sombra estalla,
El arco-iris tendido cual bandera
Sobre el lúgubre campo de batalla.
Es el coágulo rojo de la sangre
Vertida con olímpico derroche,
Constelando de luz el horizonte
Con el piélago negro de la noche!
La redención de lo que sufre y llora
Es el triunfo de férvidos anhelos....
Combatió en las tinieblas formidables
Y sobre de ellas esparció la Aurora,
Tocando diana al sucumbir Morelos.
Diana siniestra, redoblar heroico
De la victoria al apuntar el alva,
Inspiración del patriotismo estoico
Que como el fuego, purifica y salba.
Toque de guerra que llamó al asalto,
Himno de la matanza que hecatomba,
Cuando llega tremendo desde lo alto
El arrastre furioso de la tromba!....
Morelos fué la abnegación cautiva
Contemplando la cima desde el tajo,
Y después el alud que desde arriba
Limpia y arranca todo lo de abajo!
¡Qué suprema ignición la de su lidia,
Y para el pensador qué gran estudio,
Al mirar triunfadora la perfidia
Del miltoniano drama en el preludio!
Al morir el titán, entre la bruma
Se alzó una llama que llegó á los cielos
¡La sombra del país de Moctezuma
Iluminada por el gran Morelos!
La huella de las lúgubres sandalias
De los guerreros de la atroz conquista,
Era un sangriento y humillante rastro
Que clamaba feroces represalias....
¡Chihuahua, Ecatepec! que dos hogueras
De irradiaciones fulgurantes de astro
Y fué que dijo el vencedor.—Cabalgo
Sobre pueblos heroicos y marciales....
Y cabalgó.....pero al surgir Hidalgo
Hubo plétora de héroes y de mártires
Cual invasiones de águilas triunfales!
Hubo fermentos, ansias y entusiasmos,
Y poderosas cóleras sangrientas;
Sucedió á la tristeza de los pazmos
La negra actividad de las tormentas....
No hubo tregua ni paz; no hubo convenio)
De lealtadas ni honores, no hubo igualas
Para la muerte ó el perdón....la gloria
Tan solo fué del martir y del genio,
—¡El gran arcangel de las rojas alas!—
Entonces fuè cuando surgió el relám(pagò
Símbolo del valor y la desgracia,
Iluminando la fervientе lucha
Con el verde inmortal de la promesa
De libertad honor y democracia!
Era que al fin llegaba la gran hora
Del fulminante, irresistible empuje....
El momento dal león en que hostigado
Al fin protesta, y formidable ruge.
Y fuè Morelos la explosión ingente
En plena sorda tempestad.. ..y entonces
Vibró un himno magnífico y candente
De combates, de cóleras y de odios
De aceros, retemplados y de bronces!
Después....aquí en Ecatepec, eterna
La épica tumba de su ser enérgico,
Cruz redentora, espléndida y y severa,
El Arco-Iris tendido cual bandera
Sobre la gloria de mi amado México!

Ecatepec Morelos, Diciembre 22 de 1895.

Heriberto Frías.

¿Dónde estás?

Estrella ¿te has ido al cielo?
Paloma ¿te vas de vuelo?
¿Dónde estás?
Ha tiempo que no te miro:
¿Te fuiste como un suspiro
Y para siempre jamás?
Vivaracha muchachita,
¿Es que Puck te ha dado cita
En recóndito jardín?
¿Es que partes al llamado
De algún tierno, enamorado
Serafín?
Primorosa musa mía,
Mensajera de alegría,
Dulce flor,
¿Por qué ocultas el semblante
A los ojos de tu amante
Soñador?
¿Es que tienes un palacio
De diamante, de topacio,
En un mágico país?
¿Es que algún genio te manda
A Bagdad, á Samarkanda,
O á París?
¿O en el carro de algún mago,
O en un cisne, sobre un lago
Como un ramo de jazmín,
Vas brindando tu delicia,
Mientras suave te acaricia
Un amado Lohengrín?
Deliciosa chiquitina
Que en tu risa cristalina
Das la gama del amor,
Mariposa pintoresca,
Siempre viva, siempre fresca,
De perfume embriagador,
Yo sabía
Que por tí la luz del día
Recelosa estaba y fiera;
Que por tí sufre y se irrita
La envidiosa señorita
Primavera.
¿Pero dónde estás, mi vida?
Si en un bosque estás perdida,
O en un negro torreón,
Donde el vivo amor te prende
De algún genio, de algún duende
De la corte de Oberón;
Si un osado caballero
Como á un ángel prisionero
Te llevó,
Mi Zoraida, mi Fatima,
Quien te busque y te redima
Seré yo.
Pero mándame un mensaje
Con tu enano, con tu paje,
Con el viento, con el sol,
O aromado con tu aroma
Que lo traiga una paloma
Tornasol.
¿Vuelves? ¿vienes? Estoy triste:
Más cruel dolor no existe
Que el no verte nunca más.
Dime, perla, margarita,
Primorosa muchachita,
¿Dónde estás?

Rubén Darío.

Album de viaje.

HOJAS SUELTAS.

El Moisés de Miguel Angel.

San Pedro ad vincoli, modesta basílica del siglo V, iglesia arrabaleña de la Edad de Oro de la pura fe cristiana, encierra la tumba del Papa Julio II sobre la que se levanta la estatua colosal y portentosa de Moisés, esculpida por Miguel Angel. Sentado, la una mano apoyada en las tablas de la ley, la otra recogiendo la pobladísima barba que desciente por el pecho hasta la cintura, como una catarata; la cabeza orguida, la mirada abarcando el espacio, el coloso produce la más estupenda impresión estética que pueda jamás experimentarse. No es un hombre, son un pueblo y una época los que la estatua representa, porque Moisés las sintetiza. Redentor, legislador, pastor y capitán, Moisés condensa en sí mismo todas las virtudes viriles, las del cuerpo como las del espíritu. Arrancar á un pueblo de la más oprobiosa de las servidumbres; conducirlo durante años á través del desierto; hacerlo atravesar á pie enjuto el Mar Rojo, que sepultó después las huestes faraónicas; desarraigar de su espíritu y de sus costumbres la vulgar superstición y mantenerlo en el culto superior de un solo Dios; realizar prodigios; sacar de la aridez el alimento; improvisar en la desnudez el abrigo; codificar en sólo diez cláusulas toda la religión y toda la moral; inventar una higiene y una terapéutica para el rebaño enfermo y á través de todos los peligros, en medio de todas las calamidades y sorprendido por las más dramáticas peripecias, llevarlo á la Tierra Prometida, son trabajos de un Hércules, que el espíritu se resiste á atribuir á un hombre y que la leyenda consigna como proezas de un Dios. Sólo con la lluvia de maná se comprende la alimentación de un pueblo en el desierto; sólo haciendo brotar agua de rocas milagrosas se explica la conservación del rebaño; sólo dictado por Dios mismo, se concibe la sabiduría del Decálogo.

Ya que no sea dable admitir la perpétua asistencia divina en aquella magna empresa hay que reconocer en Moisés condiciones de semidios y de titán; imaginárselo gigantesco y poderoso, vaciado en molde de héroes, con la escuadría y la estructura de los gigantes que escalaron el cielo y de los hombres que combatieron contra los dioses. Así lo concibió Miguel Angel y así lo esculpió. De su creación quedan excluidas la harmonía, la simetría, la gracia y el gusto, para dejar imperar tan sólo la fuerza y la grandeza. Con la escuadra y el compás resulta deforme y absurda; la cabeza es demasiado pequeña, el torso colosal, los brazos desproporcionados, los fémures desiguales; pero el conjunto es de una majestad inmensa y de una pujanza inconmensurable.

¡Qué abismo media entre la Vénus de Milo y el Moisés! El mismo que separa dos razas disímbolas y dos épocas incompatibles. La Vénus de Milo, obra maestra de la estatuaria griega, es toda harmonía, toda gracia, toda proporción, toda vida física. Es toda la estética griega y toda la Grecia en síntesis. El Moisés es fuerza, empuje, acción; detrás de aquel cuerpo poderoso y deforme, palpitan las pasiones, germinan y bullen las ideas; dentro de aquel cranco se desencadenan tempestades y los grandes problemas humanos libran batallas épicas. La Vénus ve sin mirar; el Moisés mira sin ver. Sus ojos escudriñan el más allá, lo insondable, lo profundo, el hombre, la vida, Dios. Esas dos obras maestras inimitadas ó inimitables son dos fases de la vida, dos aspectos de la historia, dos estados de la humanidad.

En vano es comparar el Moisés hasta con las obras que le son más análogas, con el Nilo del Museo Vaticano, con el Hércules Farnesio. Símbolos todos de la fuerza, el Nilo la representa en su forma fecundante, apacible, tranquila; el Hércules Farnesio en su forma brutal, animal y destructora; sólo el Moisés la expresa completa y acabada, á la vez física y moral, material y espiritual, mecánica ó intelectual, devastadora y reconstructora.

Y no puede ser de otro modo; nunca la obra de arte es perfecta si el artista no se identifica con ella. Miguel Angel tenía temperamento de profeta, era un Isaías ó un Ezequiel, extraviado en plena Edad Media. Como Moisés, también él aspiraba á la redención de su pueblo, al destrozamiento de sus cadenas, á un éxodo doloroso que á través del desierto lo llevara á la Tierra Prometida; también lloraba *sus vicios, le herían sus crímenes, lo atormentaban sus extravíos*, lo atenaceaban sus miserias. Hubiera querido acaudillarlo, predicarlo, lavar sus culpas; también hubiera desencadenado contra los tiranos las olas del Mar Rojo. Su estatuaria es una gama del dolor humano, en lo que él tiene de más trascendental y de más profundo. Pero no siendo legislador ni caudillo, las únicas expansiones de su dolor comprimido, fueron sus obras de arte; ya que no pudo remediar el mal, se ocupó en describirlo, y todas las fuerzas vivas de su genio las convirtió, no á la acción, sino á la creación.

El Moisés, es pues Miguel Angel, pero un Miguel Angel más completo y acabado, y en él condensó el artista, no sólo sus capacidades, sino también sus aspiraciones.

Desde un punto de vista puramente estético el Moisés es una gran enseñanza. De las dos corrientes que el pensador discierne en el Renacimiento, Rafael, sibarita, y cortesano, griego en plena Edad Media y epicureo en pleno ascetismo, siguió la corriente pagana y restauró el arte griego meramente sensual; pintó cuerpos sin almas, figuras indiferentes y sin pasiones, estructuras admirables pero vacías de ideas. Practicó en grande escala la harmonía y la proporción; manejó con sinigual destreza el compás y el tiralíneas; supo siempre al dedillo cuántas longitudes de cabeza contiene el torso y cuál es la relación precisa entre el diámetro del muslo y de la pierna. De este sistema de pintura en frío, á punta de pincel y con tablas de reducción, resultó una estética glacial y si, como lo afirma Taine, los cuerpos de Rafael son, no los cuerpos que tenemos, sino los que debiéramos tener en cambio, debemos regocijarnos de no tener las almas incoloras ó inertes que esos cuerpos encerraron.

Miguel Angel, por el contrario, como el Dante y como Shakespeare, pintó con cuerpos, almas; con lineamientos, ideas; con contornos, pasiones. Sondeó la vida, el más allá, la sociedad; estudió lo verdadero y lo falso, conoció lo bueno y lo malo, y planteó en estátuas y cuadros los grandes problemas humanos. Sus figuras son asimétricas, sus actitudes difíciles, sus fisonomías inquietas ó doloridas; bajo de la piel los músculos se contraen dolorosamente, los tendones se tienden con rudeza, los miembros se retuercen con espasmos crueles, todo en ellas piensa, sufre y trabaja, el alma ardiente y apasionada circula por todo el organismo, y aquellas estructuras anatómicas son versos de un poema épico entonado al alma humana.

El Moisés es el mejor canto de ese poema, el más inspirado y el más verdadero, porque es el más sentido; en él esculpió Miguel Angel su propio espíritu, y parodiando á Taine, puedo decirse que si no pintó las almas que tenemos, retrató las que debiéramos tener.

Por esta facultad eminente de inventar, como Rafael, cuerpos; de forjar, como Miguel Angel, espíritus y de crear, como Leonardo de Vinci, hombres, el artista se aleja de la Humanidad y se acerca á la Divinidad.

DR. M. FLORES.

PAZ ANIMÆ.

Después de leer á dos poetas.

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
Sé altivo, sé gallardo en la caída
y ve, poeta, con desdén supremo
todas las injusticias de la vida!
No busques la constancia en los amores,
no pidas nada eterno á los mortales,
y haz, artista, con todos tus dolores
excelsos monumentos sepulcrales.
En marmol blanco sus estatuas labra,
castas en la actitud, aunque desnudas;
y que duerma en sus labios la palabra....
y se muestren muy tristes....¡pero mudas!
¡El nombre....! ¡Débil vibración sonora
que dura apenas un instante! ¡El nombre!
¡Idolo torpe que el iluso adora!
¡Ultima y triste vanidad del hombre!
¿A qué pedir justicia ni clemencia
—si las niegan los propios compañeros—
á la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?
¿A qué pedir la compasión tardía
de los extraños que la sombra esconde?
Duermen los ecos en la selva umbría
¡y nadie, nadie á nuestra voz responde!
En esta vida el único consuelo
es acordarse de las horas bellas,
y alzar los ojos para ver el cielo....
cuando el cielo está azul ó tiene estrellas.
Huir del mar y en el dormido lago
disfrutar de las ondas del reposo....
¡dormir.... soñar... el Sueño, nuestro mago,
es un sublime y santo mentiroso!
.... ¡Ay! es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida.....
¡pero perdona el mal que te hayan hecho!
¡todos están enfermos de la vida!
¡los mismos que de flores se coronan,
para el dolor, para la muerte nacen.....
Si los que tú más amas te traicionan
¡perdónalos no saben lo que hacen!
acaso esos instintos heredaron,
y son los inconscientes vengadores,
de razas ó de estirpes que pasaron
acumulando todos los rencores.
¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reunes?
¿Quién no es el fugitivo responsable
de alguno ó muchos crímenes inpunes?
¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
de una alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?
¡Lástimas y perdón para los vivos!
y así de amor y mansedumbre llenos,
serenos, cariñosos, compasivos......
y alguna vez, acaso, acaso buenos.
¿Padeces? Busca á la gentil amante,
á la impasible ó inmortal belleza,
y ve apoyado, como Lear errante,
en tu joven Cordelia: la tristeza.
Mira: se eleva perezoso el día......
¡Qué bueno es descansar! El bosque oscuro
nos arrulla con lánguida armonía.......
El agua es virgen. El ambiente es puro.
La luz, cansada, sus pupilas cierra;
se escuchan melancólicos rumores,
y la noche, al bajar, dice á la tierra:
—Vamos.... ya está.... ya duérmete.. .¡. no llores.
....
....
Recordar... Perdonar.... Haber amado
Ser dichoso un instante haber creido....
Y luego.... reclinarse fatigado
en el hombro de nieve del olvido;
sentir eternamente la ternura
que en nuestros pechos jóvenes palpita,
y recibir si llega, la ventura,
como á hermosa que viene de visita.
Siempre escondido lo que más amamos;
siempre en los labios el perdón risueño;
hasta que al fin, ¡oh tierra! á tí vayamos
con la invencible laxitud del sueño!
Esa ha de ser la vida del que piensa
en lo fugaz de todo lo que mira
y se detiene, sabio ante la inmensa
extensión de tus males ¡oh mentira!
Corta las flores mientras haya flores,
perdona las espinas á las rosas........
¡También se van y vuelan los dolores
como turba de negras mariposas!
Ama y perdona. Con valor resiste
lo injusto, lo villano, lo cobarde......
¡Hermosamente pensativa y triste
está al caer la silenciosa tarde!
Cuando el dolor mi espíritu sombrea
busco en la cima claridad y calma,
¡y una infinita compasión albea
en las helada cumbres de mi alma!

Manuel Gutiérrez Nájera.

El Padre Plancarte

Amonestado por El Prefecto de la Villa De Guadalupe.

Oportunamente hablamos del sermón que predicara en la Villa el Abad de la Colegiata, en el que se deslizaron palabras altisonantes y que causaron mal efecto en toda la sociedad y aun en el clero mismo, porque franqueba los límites de la oratoria sagrada.

Al día siguiente de predicado el sermón referido, el Prefecto Político, Don Eduardo Velázquez, hizo seria amonestación al Abad Plancarte y dió cuenta al Gobierno rindiendo el informe correspondiente.

Más sobre el suicidio del Coronel Omaña.

Acerca de este desgraciado suceso, tenemos los siguientes detalles:

Fué el extravío de su razón y no sé qué desengaño: de lo primero ya había dado indicios precisamente hace un año, bañando en agua fría muy de madrugada en lo más crudo del invierno á dos de sus pequeñitas, para acostumbrarlas, decía él, á la intemperie.

Parece que tenía orden de venirse de Lampazos en compañía del General Naranjo, cuando cortó el hilo de su vida.

Deja en la pobreza á su esposa la Sra. Delfina Salvatierra y cuatro niñitas, la mayor de edad de 6 años y la menor de 10 meses.

Vive la apreciable viuda por la Colonia de Guerrero.

El General Naranjo salió anoche de Lampazos.